

MIRANDA, EXIMIO PATRIOTA

Honramos hoy nuestras páginas con la luminosa y bien documentada Conferencia sobre Miranda, pronunciada por el Excmo. Sr. Dr. Nicolás E. Navarro, Obispo de Usulután, distinguido historiador y académico, al iniciarse la semana de conferencias en la Academia Nacional de la Historia, en celebración del bicentenario del nacimiento del Precursor de nuestra Independencia. Estamos seguros de que nuestros lectores gustarán de esta erudita disertación. Al publicarla agradecemos sinceramente a su prestigioso autor esta generosa colaboración, con la que "SIC" se une a los festejos de esta magna fecha patria. N. de la R.

Al inaugurar con mi palabra esta Semana de Conferencias con que la Academia Nacional de la Historia se propone honrar, entre otros brillantes homenajes, la fecha bicentennial del nacimiento de Miranda, yo quiero rendir un tributo de justicia a la nobleza del pueblo venezolano pregando que no es ésta la primera vez que nuestros fastos se decoran con el recuerdo agradecido de los méritos del Precursor. Y pláceme particularmente traer aquí a la memoria la grandiosa conmemoración en cierto modo sesquicentennial que, denominada APOTEOSIS DE MIRANDA, se celebró en su oportunidad, siendo promotor principal y feliz acabador de ella el General Ignacio Andrade, Presidente entonces del Gran Estado Miranda que abarcaba para la fecha casi la mitad de Venezuela, con los actuales Estados Miranda, Aragua, Guárico y hasta Nueva Esparta. Alguna parte cupo en el programa de tales festejos a quien os habla y por eso han revivido ahora en mi espíritu aquellas impresiones y se me hace grato confrontarlas con las que hoy también produce la evocación del Generalísimo en la clásica efemérides que actualmente nos enfervoriza. Desde luego, no puedo menos de haber pública la satisfacción de haber-

me hallado todavía igual a mí mismo en mi concepto acerca de aquel varón excepcional, y por eso he querido comenzar esta conferencia conmemorando aquella celebración y aprovechando la circunstancia para ofrendar un honroso testimonio a la memoria del patriota Magistrado que la encabezó y a cuyas virtudes cívicas dediqué entonces muy gustoso la más alta oblación de reconocimiento.

La disertación que habéis tenido la gentileza de venirme a escuchar la he pergeñado con fragmentos de lo que fué mi pensar de otrora, pero así lo he preferido porque esa apología perdura en mi espíritu con firmeza de dogma y me halaga al mismo tiempo el considerar que ella sea uno como resumen de los razonamientos que en los subsiguientes días de esta Semana serán aquí mismo desarrollados sobre los varios aspectos de la personalidad y la vida del insigne peregrino caraqueño que fué el precursor de la Emancipación Americana.

Lo que resalta principalmente, señores, en la vida de Miranda, lo que constituye el móvil de sus actos y el ideal que informa todos sus pensamientos, es el intento de dotar a su patria con el beneficio de una li-

bertad justa y conquistarle todas las ventajas de la civilización en el ejercicio de su propia soberanía. Para él era inadecuado el régimen colonial a la consecución de tamaño beneficio y al goce de tan inapreciables ventajas; y ¿quién será el que no abunde en iguales juicios ni que, puesto en idénticas circunstancias, no llegase a abrigar aquel nobilísimo intento? El estímulo, por otra parte, no le faltó jamás a sus proyectos: antes bien, colocado desde muy joven en un medio favorable, habiendo presenciado la magna lucha de la libertad en Norte América y dádole allí los primeros gajes de abnegación al ideal que su alma acariciaba, pudiendo seguir de cerca el desenvolvimiento de aquella nacionalidad y predecir desde entonces sus asombrosos adelantos de la hora actual, no podía menos sino avivarse de continuo en su pecho el sacro fuego que allí se encendiera con las primeras palpitations del corazón y la primera iluminación de la inteligencia.

Contempladle durante su larga permanencia en Europa, seguid sus caminos en esa prolongada peregrinación al través de los países civilizados, visitando Cortes, cultivando la amistad de los hombres más ilustres de su tiempo, tomando parte activa en los acontecimientos más trascendentales que entonces presenciara el mundo. ¿Qué impulso irresistible le arrebató? ¿Cuál el objeto de ese viajar interminable? ¿A qué punto tiende esa agitación continua? ¡Ah! señores, peregrino de la libertad, ansioso del engrandecimiento de su patria, cuya dulce imagen no se le aparta jamás de la mente, él va estudiando por todas partes los grandes principios que sirven al gobierno de los pueblos, va penetrando el espíritu de las leyes y las instituciones, se va enamorando de aquellas formas políticas que le parecen más adecuadas para conseguir el bienestar de los ciudadanos en el seno del orden y la justicia; y considerando luego sus observaciones a la luz de un criterio muy selecto, endereza los resultados de ellas a la realización de los planes que medita en favor de su país.

¡Miradle! alucinado por las teorías de aquella gran Revolución que conmueve al mundo, trasiádase a Francia para seguir de cerca su rumbo, entra al servicio de la nueva República y toma parte no pequeña en los sucesos militares de aquel aclago

tiempo. Pero qué! ¿acaso suponéis que dura mucho la ofuscación y que, arrastrado por la corriente de la época, exalta sin medida aquellos principios, pone la mira en ellos para la efectividad de sus proyectos y les cede su beneplácito como elementos generadores de grandeza y bienestar para su patria? Pues no, señores, y es preciso decirlo aquí muy alto en gloria de Miranda, porque ello constituye uno de sus más bellos timbres de honor y manifiesta los subidos quilates de su grande alma. Su claro entendimiento, aunque imbuído en las utópicas doctrinas del filosofismo, percibió las enormes deficiencias de dichos principios, y conducido por Dios en medio de los desastres sociales que causarían la superior rectitud de su juicio le dictó, en consecuencia, que si ellos no podían erigirse sino sobre tamañas ruinas dentro de una nación, "acaso la más civilizada de la tierra", como él mismo se expresara ante los representantes del pueblo francés, mucho menos podrían servir de base a incipientes nacionalidades, donde los gérmenes de la anarquía tendrían más facilidad para desarrollarse, produciendo, por de contado, mayores males y más irreparables estragos. Enamorado del sistema republicano, en el que veía la forma de gobierno más compatible con la libertad, no encadenó, sin embargo, la idea de este sistema con las prácticas de la República Francesa hasta el punto de convertirlas en términos conexos; antes bien, mientras soñaba para su patria el porvenir de una República Independiente, no elogiaba sino las legislaciones inglesa y norteamericana, por creerlas más aptas para la formación de los hombres justos y virtuosos; y sólo tenía, como afirma un escritor contemporáneo, frases de cólera e indignación respecto de los hombres del REGIMEN REVOLUCIONARIO, de aquellos monstruos que, para aprobio de Francia, se apoderaron de su gobierno y cuyas atrocidades serán el imborrable estigma de sus principios así como el escándalo sempiterno de la civilización.

¿Queréis persuadiros mejor de lo que os digo y comprender más aún la alteza de miras que guiaba a Miranda en sus propósitos emancipadores? Escuchad. Nuestro insigne compatriota recibe del gobierno republicano francés, empeñado en derramar por todo el mundo los dones de su

LIBERTAD, una invitación calurosa para posesionarse del mando de Santo Domingo y, a la cabeza de veinticinco o treinta mil hombres, acometer la empresa de liberación que le absorbía la mente. El éxito favorable se ofrece con entera seguridad, "el nombre de Miranda, que vale por un ejército, sus talentos, su valor y su ingenio" son, conforme al dictamen de Brissot, augurio inequívoco del triunfo. Decid, señores, ¿no había en semejante oferta con qué deslumbrar y seducir a un espíritu poco reflexivo? ¿No estaba hecha para satisfacer la ambición más exigente y trastornar el cerebro de un hombre ordinario, por bien organizado que estuviese? ¿No hubiera juzgado cualquier otro llegada la ocasión propicia, la ocasión durante diez años buscada por el mismo Miranda; y dejando para más tarde remediar los desastres morales que la empresa acarrease, atento sólo al logro de sus planes, cualesquiera fuesen los medios, no habría aceptado sin vacilación la tentadora propuesta? Miranda no lo juzgó, sin embargo, de tal modo; su perspicaz inteligencia comprendió al punto las incompensables desventajas de aquel recurso, su incompatibilidad con los propósitos de bienestar en el orden y la justicia que él abrigaba para su patria, y eludió con plausibles pretextos el encargo; porque "pensando con madurez, como muy bien se expresa el clásico historiador venezolano, y más obediente a la voz del patriotismo que a los estímulos de la gloria, temió hacer un dón funesto a su país introduciendo en él los desordenes que asolaban a Santo Domingo, combinados con los principios anárquicos de la democracia francesa".

Pero hé aquí que parece llegado el instante decisivo; las negociaciones entabladas en Inglaterra han obtenido resultado muy satisfactorio, y Miranda se lisonjea ya de poner eficazmente manos a la obra por cuya realización suspira. ¿Qué es lo único que le preocupa? ¿Cuál es el sólo temor que enbarga su ánimo? Oído, expresado por él mismo en carta al gran legislador de los Estados Unidos, Mr. Hamilton: "Parece que el momento de nuestra emancipación política se acerca, y que el establecimiento de la libertad sobre todo el continente del Nuevo Mundo nos es confiado por la Providencia. El único peligro que

preveo es la introducción de los principios franceses que envenenarían nuestra libertad en su cuna y acabarían por destruir bien pronto la vuestra". Palabras admirables que, para eterna enseñanza, debieran inscribirse con áureos caracteres a la cabeza de nuestros anales políticos, palabras inmortales, que manifiestan todo el alcance intelectual de aquel varón egregio e irán repitiendo, de progenie en progenie, cuán aquilatado era el sentimiento patriótico que le guiaba en el designio de libertar la América.

No, Miranda no era el revolvedor audaz que, para saciar mezquinas ambiciones, quería destruir el edificio secular del coloniaje; nó, Miranda no era el atrevido aventurero que, con mira de personal encumbramiento, pretendía sembrar la discordia en el solar nativo, proporcionándole una libertad espúrea, a causa de la cual hubiese luego de deplorar amargamente la pérdida de todos los demás bienes: Miranda era el patriota eximio, el ciudadano inteligente y desprendido, que buscaba en instituciones más apropiadas la dicha y prosperidad de su país, que deseaba empujarle hacia un porvenir de grandeza y gloria abriendo a sus hijos más amplios horizontes para el desenvolvimiento intelectual, moral y político; pero que al tiempo mismo ponía escrupulosa solicitud en impedir que una funesta zizania trocase en irremediables males la opulenta cosecha de bienes con que se proponía regalarlos, sembrando en los campos de la patria la fecunda semiente de la libertad.

Hé ahí, señores, el modelo acabado del patriotismo, hé ahí el dechado perfecto que todo ciudadano íntegro debe esmerarse en copiar. Yo me complazco en admirar esa figura excelsa, que se nos ofrece al través del tiempo irradiando sobre nuestra época el esplendor de tan nobles cualidades; yo rindo parias de simpatía a la memoria de ese varón perinculto que con tal desasimiento de sí propio, ofrendó en aras de altísimo ideal la prodigiosa dotación de su espíritu, su fortuna, su prestigio y aquel tesoro de vigor físico con que pródiga le enriqueciera la naturaleza. Y más se apasiona mi alma de esta notable personalidad cuando la contemplo en el período postrimero de su tempestuosa existencia. Presto ya a dar cima

a la magna obra, expuesto a la suerte de las armas el ideal que tanto le asediara, entregado el objeto de sus afanes a las vicisitudes del tiempo y al acaso de los humanos acontecimientos, dispense en un punto todas las ilusiones, desaparecen para él las probabilidades de un desenlace feliz y, agobiado bajo el fardo ponderoso del desengaño, sufre resignado el destino que se le marca, para completar en la prolongada agonía del presidio, sepultando bajo tan ignominiosa humillación todas las magnificencias de su ser, los merecimientos de una vida ubérrima en sacrificios por la felicidad de su patria.

Terminaré esta disertación con algunas remembranzas acerca de las dotes de carácter del Generalísimo. Cuando recorro los documentos históricos que tratan del gran hombre que se llamó Francisco de Miranda, me complace hallar en ellos testimonios repetidos, jamás contradichos, acerca de la severidad de principios y austeridad de reglas para la conducta que adornaron a aquel celeberrimo patriota. El escritor francés Champagneux, su contemporáneo y enemigo, a quien antes aludí, refiere de sí que mientras permanecieron juntos en prisión se holgaba en la compañía de Miranda, quien, entre otras bellas prendas, profesaba "los principios de una austera virtud y tenía predilección por los hombres justos y virtuosos". Y nuestro castizo Baralt, cuando traza en hermosas plumadas la biografía de ese "decano de los patriotas americanos" hace su elogio moral en diversos pasajes, siempre confirmados por los demás historiadores, y que yo quiero acumular aquí como valiosísimo presente a la memoria de aquel infatigable batallador por la causa de nuestra libertad:

"Era de carácter justo y enérgico a un tiempo... El partido de los hombres moderados hallaba en él una garantía de cordura y de orden... Severo en sus costumbres... Sencillo y puro republicano, habría dado ejemplo de virtudes y sacrificios heroicos en un pueblo grande, culto y poderoso donde el ejercicio de la libertad hubiera sido hacedero... Prefirió a la traición el juicio del tremendo tribunal de la revolución francesa... Mal se hallaba con las conmo-

ciones populares, que le traían a la memoria los horrores de aquel terrible trastorno... No puede decirse de él con justicia que en sus pensamientos sobre la cosa pública entrase por más en algún tiempo la propia ambición que el patriotismo...

...Olvidado de sí, generoso, magnánimo, fué en las cadenas como todas las almas fuertes, más grande que jamás había sido".

Ahora bien, señores, yo afirmo que semejante rectitud de pensamientos y tanta alteza de criterio moral se sostuvieron en su espíritu a pesar de las doctrinas de disociador filosofismo que llegaron a ofuscarle la inteligencia, en virtud de la rigurosa educación cristiana con que necesariamente debió formarse Miranda para la vida social. ¿Ni cómo podría yo vacilar en semejante afirmación, cuando de ello me convence el testimonio mismo del héroe a quien ensalzo? Oíd. Es llegado para Miranda el momento de su primera expedición sobre Venezuela; presto se halla a salir de Londres y, temeroso de que las contingencias de la campaña puedan serle funestas, pues en ella arriesga la vida, dicta sus disposiciones testamentarias. ¿Y sabéis cómo se expresa respecto del asunto a que me refiero? Os citaré textualmente sus palabras, que son su mejor apología: "A la Universidad de Caracas —dice— se enviarán en mi nombre los libros CLASICOS, GRIEGOS Y LATINOS de mi biblioteca en señal de agradecimiento y respeto por los sabios principios de literatura y moral-cristiana con que alimentaron mi juventud... con cuyos sólidos fundamentos he podido felizmente superar los graves peligros y dificultades de los presentes tiempos".

Yo te saludo, pues ¡oh sombra ilustre del Generalísimo Miranda! tú te alzas, transfigurada por el sufrimiento, para infundirnos las lecciones de patriotismo que fueron practicadas por aquel que representas; tú te alzas, iluminada por los reflejos de nuestra encendida gratitud, para recibir la consagración de inmortalidad y el tributo de glorificación con que la Patria galardona a quienes la fundaron y enaltecieron. ¡Salve, oh venerable Patriarca de la libertad! ¡Salve, oh inmortal Precursor de la Independencia Suramericana!